

Sección 2

Thomas Laqueur

FLASO . Biblioteca

La construcción del sexo

Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER

6

Kathya Bravo

612
L319 co

Feminismos

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universidad de Minnesota / Universitat de València
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mercedes Roig: Instituto de la Mujer de Madrid
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo
Olga Quiñones: Instituto de la Mujer de Madrid

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:

Making Sex

Body And Gender From The Greeks To Freud

Traducción de Eugenio Portela

Diseño de cubierta: Carlos Pérez-Bermúdez

Ilustración de cubierta: *Hombre y mujer*, de E. Munch

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

Para Gail y Hannah

REG. 3877
CUT. 2973
BIBLIOTECA - FLACSO

N.I.P.O.: 378-94-045-5

© 1990 Harvard University Press

Ediciones Cátedra, S. A., 1994

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 32.979-1994

I.S.B.N.: 84-376-1290-X

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.

Pol. Ind. Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid)

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre el lenguaje y la carne

Lo primero con que tropieza el observador superficial es que las mujeres no son como los hombres. Son “el sexo opuesto” (por qué “opuesto” lo desconozco; ¿cual es el “sexo vecino”?). Pero lo fundamental es que las mujeres se parecen más a los hombres que nada en este mundo.

DOROTHY L. SAYERS

“The human-not-quite-human”

Un abismo explicativo separa dos interpretaciones, alejadas cincuenta años entre sí, de la misma historia de muerte y deseo contada por un médico del siglo XVIII obsesionado con el problema de distinguir entre muerte real y aparente¹.

La historia comienza cuando un joven aristócrata, cuyas circunstancias familiares le forzaron a tomar los hábitos reli-

¹ Jacques-Jean Bruhier, *Dissertation sur l'incertitude des signes de la mort*, París, 1749, 2.ª ed., 1.74-79.

giosos, llega un día a la fonda de un pueblo. Encuentra a los posaderos abrumados de dolor por la muerte de su única hija, una muchacha de gran belleza. No iba a ser enterrada hasta el día siguiente y los afligidos padres pidieron al joven monje que velara el cuerpo durante la noche. Hizo esto y más. La noticia de su belleza había picado su curiosidad. Retiró el sudario y en lugar de encontrar el cadáver “desfigurado por los horrores de la muerte”, halló sus rasgos todavía graciosamente animados. El joven perdió el control de sí mismo, olvidó sus votos y se tomó “las mismas libertades con la muerte que le hubiera permitido en vida el sacramento del matrimonio”. Avergonzado de lo que había hecho, el infeliz monje necrófilo partió intempestivamente por la mañana sin esperar la hora del entierro.

Cuando llegó ésta, precisamente en el momento en que descendían a la fosa el ataúd que transportaba a la joven muerta, alguien apreció que algo se movía en el interior. Retiraron la tapa y la muchacha comenzó a removerse, recuperándose pronto de lo que había demostrado ser no una muerte real sino solamente un coma. Ni qué decir tiene que los padres estaban llenos de alegría de haber recuperado a su hija, aunque su placer resultó seriamente disminuido cuando descubrieron que estaba embarazada y, además, no podía dar una explicación satisfactoria de cómo había llegado a tal situación. Los posaderos, avergonzados, enviaron a la hija a un convento tan pronto como nació el niño.

Pronto los negocios hicieron volver al joven aristócrata al lugar del crimen, desconocedor de las consecuencias de su pasión pero mucho más rico y ya sin los hábitos, que había abandonado tras recibir su herencia. De nuevo encontró consuetudados a los posaderos y rápidamente comprendió su papel como causante del nuevo infortunio. Corrió al convento y halló que el objeto de su deseo necrófilo gozaba de mayor belleza viva que muerta. Pidió su mano y con el sacramento del matrimonio legitimó a su hijo.

La moraleja que Jacques-Jean Bruhier pide a sus lectores que extraigan de esta historia es que sólo las pruebas científicas pueden asegurar que una persona está realmente muerta y

que incluso un contacto muy íntimo con un cuerpo deja lugar al error. Pero un contemporáneo de Bruhier, el notable cirujano Antoine Louis, llegó a una conclusión muy diferente, más próxima al objeto de este libro, cuando analizó el caso en 1752². Basándose en las mismas pruebas que Bruhier aducía, mantiene Louis que nadie debería dudar de que la muchacha no estaba muerta: no parecía estarlo, como testificó el joven monje, y además quién sabe si no presentaba algunos “signos demostrativos” que mostraran su animación, signos que cualquier médico del siglo XVIII e incluso un profano podrían esperar en aquellas circunstancias.

Con anterioridad Bruhier había citado en su libro numerosos ejemplos de mujeres jóvenes aparentemente muertas que revivían y se salvaban de un entierro prematuro gracias a abrazos amorosos; el éxtasis sexual, “muerte” en el habla del siglo XVIII, se convertía para algunas mujeres en el camino hacia la vida. El amor, esa “muerte satisfactoriamente maravillosa y... separación voluntaria del alma y el cuerpo”, como lo llamara un médico inglés, guardaba de las puertas de la tumba³. Pero en este caso, a un observador del siglo XVIII le hubiera parecido extremadamente improbable que la hija de los posaderos pudiera haber concebido un hijo sin experimentar emociones, traicionando así a la muerte⁴. Cualquier libro

² Antoine Louis, *Lettres sur la certitude des signes de la mort, où l'on rassure les citoyens de la crainte d'être enterrés vivants*, París, 1752, págs. 53-54. En las páginas precedentes reproduce literalmente el texto de Bruhier.

³ John Maubray, *The Female Physician*, Londres, 1724, pág. 49. Véase Philippe Ariès, sobre la relación entre literatura erótica y literatura médica de la muerte en el siglo XVIII, París, Seuil, 1977; de esta última obra existe traducción castellana de Mauro Armiño, *El hombre ante la muerte*, 3.ª ed., Madrid, Taurus, 1987.

⁴ La concepción en estado de inconsciencia, sin embargo, no se consideraba imposible. Existe al respecto una tradición popular que valdría la pena explorar. Lot, recordémoslo, estaba tan ebrio cuando procreó sucesivamente con sus dos hijas que “no se enteró cuando cada una de ellas se acostó y se levantó” (Génesis 19.31-35). En el cuento italiano “La reina durmiente”, el hijo más joven del rey de España encuentra “una doncella

médico o las cartillas populares de comadronas y de salud, o los manuales para el matrimonio que circulaban en todos los idiomas de Europa informaban como de un lugar común que “cuando se emite la semilla en el acto de la generación [tanto del hombre como de la mujer] se presenta en el mismo momento una excitación y un regocijo extraordinarios en todos los miembros del cuerpo”⁵. Otro texto de amplia circulación dice que sin orgasmo “el bello sexo ni desearía el abrazo nupcial, ni obtendría placer en él, ni concebiría”⁶.

La mujer *debía* haberse estremecido, aunque no fuera mucho. En todo caso le hubieran traicionado sus mejillas sonrosa-

de belleza angelical” que evidentemente “había sido víctima de un hechizo mientras dormía”. Se desnuda, se acuesta a su lado y “pasa una noche deliciosa con ella sin que la joven dé muestra alguna de saber que él estaba allí”. Cuando se marcha deja una nota y ella da a luz un niño nueve meses después. Véase Italo Calvino, traducción castellana de Carlos Gardini, *Cuentos populares italianos*, Madrid, Siruela, 1990.

⁵ Nicholas Venette, *Conjugal Love; or the Pleasures of the Marriage Bed Considered in Several Lectures on Human Generation*, Londres, 1750, pág. 41; esta traducción inglesa es designada como “vigésima edición”. Hubo al menos veintitrés ediciones francesas en el siglo XVIII, ocho con anterioridad a la muerte de Venette en 1698. Véase Roy Porter, “Spreading Carnal Knowledge or Selling Dirt Cheap? Nicholas Venette’s *Tableau de l’amour conjugal* in Eighteenth-Century England”, *Journal of European Studies*, 14 (1984), 233-255.

⁶ Aristotle’s *Master Piece*, en *The Works of Aristotle the Famous Philosopher*, Nueva York, Arno Press, 1974, pág. 9; *Aristotle’s Masterpiece or the Secrets of Generation Displayed*, Londres, 1684, pág. 29. Esta obra, vagamente inspirada en los *Problemata* pseudo-aristotélicos, fue reeditada con continuidad desde mediados del siglo XV hasta la década de 1930 o quizá hasta nuestros días. Véase D’Arcy Power, *The Foundation of Medical History*, Baltimore, Williams and Williams, 1931, págs. 147-178; Roy Porter, “The Secrets of Generation Display’d: Aristotle’s *Masterpiece* in Eighteenth Century England”, número especial de *Eighteenth Century Life*, 11 (1985), 1-21; Janet Blackman, “Popular Theories of Generation: The Evolution of Aristotle’s Works”, en J. Woodward y D. Richards, eds., *Health Care and Popular Medicine in Nineteenth Century England*, Londres, Croom Helm, 1977, págs. 56-88. Hay más de veintiseis ediciones anteriores a 1820, solamente en América; véase O. T. Beall, “Aristotle’s *Masterpiece* in America: A Landmark in the Folklore of Medicine”, *William and Mary Quarterly*, 20 (1963), 207-222.

das después de la agitación del orgasmo venéreo. De esta forma, el relato de Bruhier es el de un fraude y no el de una muerte aparente; la hija de los posaderos y el monje simplemente fingieron un coma, concluye Louis, para escapar de la culpabilidad hasta el último momento posible antes del entierro.

En 1836 volvió a contarse la historia, pero ahora con un giro nuevo. Esta vez no se cuestionaba la realidad del estado de muerte comatosa aparente de la muchacha. Por el contrario, el embarazo surgido en estas condiciones era citado por el Dr. Michael Ryan como uno más entre otros casos de relación sexual con mujeres insensibles para probar que el orgasmo era innecesario para la concepción. (En otra historia, por ejemplo, un mozo de cuadra confiesa que llegó a una fonda, mantuvo contacto sexual y dejó embarazada a una joven que parecía muerta, adormecida ante el fuego, de modo que él se fue sin que despertara). Una mujer no sólo no necesita sentir placer para concebir, sino que incluso no necesita estar consciente⁷.

⁷ Michael Ryan, *A Manual of Jurisprudence and State Medicine*, Londres, 1836, 2.^a ed., págs. 246, 488. Como fuente de la historia del mozo de cuadra, Ryan señala a Robert Gooch, *A Practical Compendium of Midwifery*, Londres, 1831, y para relatos similares remite a sus lectores a E. Kennedy, *Obstetric Medicine*, Londres, 1834, que en efecto es una fuente excelente. La historia del mozo de cuadra es una variante de la del peón de la granja en el ensayo de Montaigne “De la embriaguez”: una “viuda, de casta reputación” se encuentra embarazada de forma inexplicable; promete perdonar al padre del niño, si se da a conocer, y casarse con él. Uno de los labriegos de su granja declaró “haberla encontrado [...] dormida tan profundamente cerca de su hogar y tan indecentemente que pudo aprovecharse de ella sin despertarla”, *Ensayos* de Montaigne, vol. II, edición y traducción de D. Picazo y A. Montojo, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 22. Los relatos de este tipo no se convirtieron en pruebas de verdades generales sobre la relación del orgasmo con la concepción hasta el siglo XIX. Véase también “La Marquesa de O...”, de Heinrich von Kleist, en la cual la protagonista también se encuentra inexplicablemente encinta. Mary Jacobus ofrece una interesante interpretación de esta historia en “In Parenthesis: Immaculate Conception and Feminine Desire”, *Body/Politics: Women and the Discourses of Science*, ed. Mary Jacobus, Evelyn Fox Keller y Sally Shuttleworth, Londres, Routledge, 1990, págs. 11-28.

Hacia el final de la Ilustración, en el periodo que media entre las dos versiones del relato de la hija de los posaderos, la ciencia médica y quienes en ella confiaban dejaron de considerar el orgasmo femenino como hecho relevante para la generación. Se afirmaba que la concepción podía tener lugar discretamente, sin signos reveladores ni consciencia; se erradicó así la antigua sabiduría “nada mortal llega a existir sin el placer”⁸. Habiendo sido antes una señal del proceso de la generación, profundamente enraizada en los cuerpos de hombres y mujeres, una sensación cuya existencia no se discutía más que el bienestar cálido y placentero que acompaña a una buena comida, el orgasmo quedaba relegado a la esfera de una mera sensación, a la periferia de la fisiología humana —accidental, prescindible, una gratificación contingente del acto de la reproducción.

Esta reorientación se aplicó en principio al funcionamiento sexual de hombres y mujeres. Pero ningún autor que haya escrito lo suficiente sobre tales materias ha mantenido nunca la idea de que las pasiones masculinas y el placer en general no existan o que el orgasmo no acompañe a la eyaculación durante el coito. No sucede lo mismo con las mujeres. La recién “descubierta” contingencia del deleite abrió la posibilidad de la pasividad femenina y de la “imposibilidad”⁹. La pretendida independencia entre generación y placer creó un espacio en el que la naturaleza sexual de las mujeres podía ser redefinida, debatida, negada o limitada. Y así lo fue, desde luego, de forma interminable.

Los viejos valores fueron abatidos. El tópico de buena parte de la psicología contemporánea —que los hombres de-

⁸ Filón, *Legum allegoriae*, 2.7, citado en Peter Brown, “Sexuality and Society in the Fifth Century A. D.: Augustine and Julian of Eclanum”, *Tria corda: Scritti in onore di Arnaldo Momiglian*, ed. Gabba, Como, New Press, 1983, pág. 56.

⁹ Tomo el término “imposibilidad” y el análisis de su significado político a principios del siglo XIX del artículo pionero de Nancy Cott, “Passionlessness: An Interpretation of Victorian Sexual Ideology, 1790-1850”, *Signs*, 4.2 (1978), 219-236.

sean el sexo mientras que las mujeres desean relaciones— es precisamente la inversión de las ideas preilustradas que, hasta en la Antigüedad, habían asociado la amistad con los hombres y la sexualidad con las mujeres. Las mujeres, cuyos deseos no conocían límites en el viejo estado de cosas y cuya razón ofrecía tan escasa resistencia a la pasión, pasaron a ser en muchas descripciones criaturas cuya vida reproductora completa podía transcurrir insensible a los placeres de la carne. Cuando a finales del siglo XVIII se apuntó la posibilidad de que “la mayoría de las mujeres no se preocuparan mucho de las sensaciones sexuales”, la presencia o ausencia de orgasmo se convirtió en un indicador biológico de la diferencia sexual.

El nuevo concepto del orgasmo femenino, sin embargo, no fue sino la formulación más radical de la reinterpretación del siglo XVIII acerca del cuerpo femenino en relación con el masculino. Durante miles de años había sido un lugar común que las mujeres tenían los mismos genitales que los hombres, a excepción de que, como decía Nemesius, obispo de Emesa, en el siglo cuarto: “los suyos están en el interior del cuerpo y no en el exterior”¹⁰. Galeno, que en el siglo II d.C. desarrolló el modelo más aceptado y duradero de la identidad estructural, aunque no espacial, de los órganos reproductores masculinos y femeninos, demostró finalmente que las mujeres eran esencialmente hombres en los cuales una falta de calor vital —de perfección— se había traducido en la retención, en el interior, de las estructuras visibles en el hombre. De hecho, los cantares de ciego de comienzos del siglo XIX se refieren todavía a esas viejas homologías, mucho después de que hubieran desaparecido de los textos cultos:

aunque son de sexo diferente,
en el fondo son como nosotros,
porque los estudiosos más doctos,
saben que las mujeres son hombres vueltos del revés¹¹.

¹⁰ Nemesius de Emesa, *On the Nature of Man*, ed. William Tefler, Filadelfia, Westminster Press, 1955, pág. 369.

¹¹ *Aristotle's Master Piece*, ed. Arno Press, pág. 3.

En este planteamiento se concibe la vagina como un pene interior, los labios como el prepucio, el útero como escroto y los ovarios como testículos. El docto Galeno podía citar las disecciones del anatomista alejandrino Herófilo, del siglo tercero a.C., para apoyar su afirmación de que una mujer tiene testículos acompañados de conductos seminales como los del hombre, uno a cada lado del útero, con la única diferencia de que los del hombre se alojaban en el escroto y los de la mujer no¹².

El lenguaje muestra el panorama de la diferencia sexual. Durante dos milenios, el ovario, órgano que a principios del siglo XIX se convirtió en sinécdoque de la mujer, careció de nombre propio. Galeno se refiere a él con la misma palabra que utiliza para los testículos masculinos, *orchéis*, siendo el contexto lo que aclara de qué sexo se está hablando. Herófilo había llamado *didymoi* (gemelos) a los ovarios, otra palabra griega habitual para designar los testículos, y fue tan lejos en el modelo mujer-como-hombre que consideró que las trompas de Falopio —los conductos espermáticos que nacen en cada “testículo”— crecían en el cuello de la vejiga como hacen en los hombres los conductos espermáticos¹³. Está claro que no es así. Galeno puso de manifiesto este error, sorprendido de que lo hubiera cometido un observador tan cuidadoso, pero la corrección no afectó al estatus del sistema en su conjunto. Tampoco hubo un término técnico en griego o en latín, ni tampoco en las lenguas vernáculas europeas hasta aproximadamente 1700, para designar la vagina como el tubo o vaina en el cual su opuesto, el pene, se introduce y a través del cual nace el niño.

Más tarde, a finales del siglo XVIII, por utilizar la misma figura que Virginia Woolf, la naturaleza sexual humana cambió. En este punto, al menos, están de acuerdo autores tan

¹² Galeno, *De semine*, 2.1, en *Opera omnia*, ed. C. G. Kuhn, 20 vols., Leipzig, 1821-1833, 4.596.

¹³ Heinrich von Staden, *Herophilus: The Art of Medicine in Early Alexandria*, Cambridge University Press, 1989, págs. 168, 185-186, 234.

distintos teóricamente entre sí como Michel Foucault, Ivan Illich y Lawrence Stone¹⁴. Hacia 1800, escritores de toda índole se mostraron decididos a basar lo que insistían en considerar diferencias fundamentales entre los sexos masculino y femenino, o lo que es lo mismo, entre hombre y mujer, en distinciones biológicas observables y a expresarlas con una retórica radicalmente diferente. En 1803, por ejemplo, Jacques-Louis Moreau, uno de los fundadores de la “antropología moral”, se oponía apasionadamente a los escritos sin sentido de Aristóteles, Galeno y sus seguidores modernos en el tema de las mujeres en relación con los hombres. No sólo son sexos diferentes, sino que son distintos en todos los aspectos imaginables del cuerpo y del alma, en todos los aspectos físicos y morales. Para el médico y el naturalista, la relación de la mujer con el hombre es “una serie de oposiciones y contrastes”¹⁵. En lugar de lo que en algunas situaciones llama la atención a la imaginación moderna, que con insistencia casi perversa trata de comprender la diferencia sexual como un asunto de grados, niveles distintos de un tipo masculino básico, se alzaron voces estridentes para denunciar distinciones corporales muy marcadas. Los médicos se proclamaban capacitados para identificar “las características esenciales de la mujer, lo que sirve para distinguirlas, lo que les hace ser como son”:

Todas las partes de su cuerpo presentan las mismas diferencias: todas expresan a la mujer; la frente, la nariz, los ojos, la boca, las orejas, la barbilla, las mejillas. Si dirigimos nuestra mirada al interior y con la ayuda del escapelo dejamos al descubierto los órganos, los tejidos,

¹⁴ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, París, Gallimard, 1976; traducción castellana de Miguel Guiñazú, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Lawrence Stone, *Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977; Ivan Illich, *Gender*, Nueva York, Pantheon, 1982.

¹⁵ Jacques-Louis Moreau, *Histoire naturelle de la femme*, vol. 1, París, 1803, pág. 15, quien expone el tema a lo largo de todo el volumen.

las fibras, encontramos en todas partes... la misma diferencia¹⁶.

De este modo, el viejo modelo, en el que hombres y mujeres se ordenaban según su grado de perfección metafísica, su calor vital, a lo largo de un eje de carácter masculino, dio paso a finales del siglo XVIII a un nuevo modelo de dimorfismo radical, de divergencia biológica. Una anatomía y una fisiología de lo inconmensurable sustituyó a una metafísica de la jerarquía en la representación de la mujer en relación con el hombre.

A finales del siglo XIX se adujo que la nueva diferencia no podía demostrarse en los cuerpos visibles sino en los elementos microscópicos que los constituían. La diferencia sexual en clase, no en grado, parecía sólidamente basada en la naturaleza. Patrick Geddes, eminente profesor de biología así como urbanista y autor sobre temas sociales muy variados, recurrió a la fisiología celular para explicar el "hecho" de que las mujeres eran "más pasivas, conservadoras, perezosas y estables" que los hombres, mientras que éstos eran "más activos, enérgicos, entusiastas, apasionados y variables". Pensaba que con raras excepciones —el caballito de mar, algunas especies de pájaros poco frecuentes— los machos estaban constituidos por células catabólicas, células que consumen energía. Se gastan el sueldo, en una de las metáforas favoritas de Geddes. Las células femeninas, por su parte, eran anabólicas; almacenaban y conservaban la energía. Y aunque admitía que no podía elaborarse totalmente la conexión entre esas diferencias biológicas y las "diferenciaciones psicológicas y sociales resultantes", justificaba no obstante los respectivos roles culturales de hombres y mujeres con una audacia pasmosa. Las diferencias pueden ser exageradas o disminuidas, pero para suprimirlas "sería necesario que comenzara de nue-

¹⁶ J. L. Brachet, *Traité de l'hysterie*, París, 1847, págs. 65-66, citado en Janet Beizer, "The Doctor's Tale: Nineteenth Century Medical Narratives of Hysteria", manuscrito.

vo la evolución sobre nuevas bases. Lo que se decidió entre los protozoos prehistóricos no puede anularse por una ley del Parlamento"¹⁷. Los organismos microscópicos que pululaban en el cieno primordial determinaron las diferencias irreductibles entre los sexos y el lugar de cada uno de ellos en la sociedad.

Estas formulaciones sugieren un tercer aspecto del cambio, todavía más general, en el significado de la diferencia sexual. La opinión dominante, aunque de ningún modo unánime, desde el siglo XVIII, había sido que había dos sexos opuestos estables, no sujetos a medida, y que las vidas política, económica y cultural de hombres y mujeres, sus roles de género, están de algún modo basados en esos "hechos". Queda entendido que la biología —el cuerpo estable, ahistórico, sexuado— es el fundamento epistemológico de las afirmaciones normativas sobre el orden social. Con un comienzo marcado en la Ilustración, hubo una avalancha aparentemente interminable de libros y capítulos de libros cuyos mismos títulos desmienten su compromiso con esta nueva visión de la naturaleza y la cultura: el *Système physique et moral de la femme*, de Roussel, el capítulo de Brachet sobre "Études du physique et du moral de la femme", el escueto y poco comprometido *Sex* de Thompson y Geddes. El mundo físico "real" en esas obras y en otros cientos como ellas, es previo a las reivindicaciones hechas en su nombre y lógicamente independiente de ellas.

Desde los autores griegos primitivos podríamos distinguir con facilidad naturaleza de cultura, *physis* de *nomos* (aunque esas categorías fueron creadas en un momento concreto y tuvieron luego diferentes significados)¹⁸. Mientras reunía y ela-

¹⁷ Patrick Geddes y Arthur Thompson, *The evolution of sex*, Londres, 1889, pág. 266. Geddes y su colega desarrollaron más tarde la idea de que "los sexos difieren fundamentalmente en la relación vital (*life-ratio*) de cambios anabólicos y catabólicos", en *Sex*, Londres, Williams and Norgate, 1914, págs. 77-80.

¹⁸ John J. Winkler, "Laying Down the Law: The Oversight of Men's Sexual Behavior in Classical Athens", en David Halperin, John J. Winkler

boraba el material que forma este libro, tuve cada vez más claro que es muy difícil leer los textos antiguos, medievales y renacentistas sobre el cuerpo con la óptica epistemológica de la Ilustración, a través de la cual el mundo físico —el cuerpo— se presenta como “real”, mientras que sus significados culturales son epifenómenos. En esos textos, los cuerpos tienen características extrañas, extraordinarias e imposibles para el lector moderno. En futuras generaciones, escribe Orígenes, “el cuerpo se hará menos ‘delgado’, menos ‘coagulado’, menos ‘duro’”, en la medida en que el espíritu se levante hacia Dios; los propios cuerpos físicos habrían sido radicalmente diferentes antes del pecado original, imagina Gregorio de Nisa: el hombre y la mujer coexistían con la imagen de Dios y la diferenciación sexual ocurrió solamente como representación en la carne de la caída de la gracia¹⁹. (En una guía urdu para mujeres del siglo XIX, firmemente anclada en la medicina galénica, el profeta Mohammed figura todavía a la cabeza de la lista de mujeres ejemplares²⁰.) Caroline Bynum escribe sobre mujeres que en imitación de Cristo recibieron estigmas, o no necesitaron alimentos o cuya carne no hedía durante la putrefacción²¹. Hay numerosos relatos de hombres de los que se dice que amamantaron y cuadros del niño Jesús con pechos. Las chicas podían convertirse en muchachos y los hombres que se relacionaban en exceso con mujeres podían perder la firmeza y definición de sus cuerpos, más perfectos, y retroceder hasta hacerse afeminados. La cultura, en resumen, impregnó y cambió el cuerpo, que a la sensibilidad

y Froma Zeitlin, eds., *Sex Before Sexuality*, Princeton, Princeton University Press, 1990, págs. 171-209.

¹⁹ Peter Brown, *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, págs. 167-168, 294-295.

²⁰ Barbara Metcalf, *Perfecting Women: Maulana Ashraf'Ali Bihisti Zewar*, Berkeley, University of California Press, 1990.

²¹ Caroline Bynum, *Holy Feast and Holy Famine: The Religious Significance of Food to Medieval Women*, Berkeley, University of California Press, 1987.

moderna le parece tan acabado, autárquico y fuera del alcance del significado.

Desde luego, podría negarse que tales cosas sucedieron, leerlas como totalmente metafóricas o dar explicaciones individuales y naturalistas a estos extraños sucesos: la joven que corría tras su cerdo cuando de repente le crecieron pene y escroto externos, caso del que informan Montaigne y el cirujano del siglo XVI Ambroise Paré como ejemplo de cambio de sexo, realmente sufría de una deficiencia de dihidrotestosterona andrógena; siempre había sido realmente un muchacho que desarrolló los órganos externos masculinos en la pubertad, aunque seguramente no de forma tan precipitada como estos relatos hacen creer²². Sin embargo, ésta es una aproximación inconsciente, ahistórica y empobrecedora a la amplia y compleja literatura sobre el cuerpo y la cultura.

En lugar de esto, quiero proponer que en esos textos pre-ilustrados e incluso en otros posteriores, el *sexo*, o el cuerpo, sea entendido como el epifenómeno, mientras que el *género*, que aceptaríamos como categoría cultural, sería primario o “real”. El género —hombre y mujer— interesaba mucho y formaba parte del orden de las cosas; el sexo era convencional, aunque la terminología moderna haga que tal reordenación carezca de sentido. Al comienzo, lo que llamamos sexo y género estaban explícitamente vinculados en el “modelo de sexo único” dentro de un círculo de significados desde el que era imposible escapar a un supuesto sustrato biológico —la estrategia de la Ilustración. En el mundo del sexo único es precisamente donde resultaba más directo hablar de la biología de los dos sexos, porque estaba incorporada en la política del género, en la cultura. Ser hombre o mujer significaba tener un rango social, un lugar en la sociedad, asumir un rol

²² Este desorden genético es común en tres aldeas de la República Dominicana, donde se conoce como la condición del “pene a los doce años”. Véase Julianne Imperato-McGuinley *et al.*, “Steroid 5-Alpha-Reductase Deficiency in Man: An Inherited Form of Male Pseudo-Hermaphroditism”, *Science*, 186 (1974), 1213-15.

cultural, no *ser* orgánicamente de uno u otro de dos sexos inconmensurables. En otras palabras, con anterioridad al siglo XVII, el sexo era todavía una categoría sociológica y no ontológica.

¿Cómo tuvo lugar el cambio de lo que he llamado modelo de un sexo/carne al modelo de dos sexos/carne? ¿Por qué, por abordar primero el caso más específico, el deseo sexual y su satisfacción —en concreto el deseo sexual femenino— se hizo irrelevante para la comprensión de la concepción? (Me parece que éste es el paso necesario para crear el modelo de mujer desapasionada, en claro contraste biológico con el hombre.) La respuesta obvia sería la marcha del progreso; la ciencia puede no ser capaz de explicar la política sexual, pero puede proporcionar las bases sobre las que teorizar. Los antiguos, por tanto, estaban sencillamente equivocados. En la hembra humana y en la mayor parte de los demás mamíferos —aunque no en conejos, visones y hurones— la ovulación es *de hecho* independiente de la relación sexual, por no hablar del placer. El Dr. Ryan tenía razón en su interpretación de la historia de la hija de los posaderos, en que las mujeres en estado de inconsciencia pueden concebir y que el orgasmo nada tiene que ver en ello. Angus McLaren trata esencialmente de este caso cuando afirma que a finales del siglo XVIII, “los derechos de la mujer al placer sexual no eran valorados y más bien fueron minimizados como consecuencia inesperada de la elaboración de modelos más sofisticados de reproducción”²³. Esther Fischer-Homberger sugiere que una nueva comprensión de la contribución particular femenina a la reproducción acompañó la devaluación de la procreación. Su estatus declinó, por así decirlo, cuando se constituyó en un trabajo exclusivo de la mujer. De este modo podría afirmarse que los nuevos descubrimientos en la biología de la reproduc-

²³ Angus McLaren, “The Pleasures of Procreation: Traditional and Bio-Medical Theories of Conception”, en W. F. Bynum y Roy Porter, eds., *William Hunter and the Eighteenth-Century Medical World*, Cambridge, University Press, 1985, pág. 340.

ción llegaron justo a tiempo; la ciencia parecía conectar con las demandas de la cultura²⁴.

Pero de hecho tales descubrimientos no tuvieron lugar. Los progresos científicos no trajeron consigo el decaimiento del orgasmo femenino. En realidad, hacia 1840 se puso de manifiesto que al menos en los perros la ovulación podía tener lugar sin coito y, por tanto, presumiblemente sin orgasmo. Se postuló de inmediato que la hembra humana, como la canina, era una “ovuladora espontánea”, que producía un huevo durante el calor periódico que en las mujeres se conoce como el periodo. Pero las pruebas disponibles para esta verdad a medias eran cuanto menos débiles y sumamente ambiguas. La ovulación, como manifestaba uno de los investigadores pioneros del siglo XX en biología de la reproducción, “es callada y oculta: ni la autoobservación por las mujeres ni los estudios médicos de todos los siglos anteriores a nuestro tiempo nos han enseñado a reconocerla”²⁵. En efecto, los libros habituales de consejos médicos recomendaban que para evitar la concepción las mujeres debían tener sus relaciones a mediados de su ciclo menstrual, durante los días doce al dieciséis, conocidos ahora como el periodo de *máxima* fecundidad. Hasta los años 30 de nuestro siglo, se desconocían incluso las líneas generales de nuestra moderna comprensión del control hormonal de la ovulación.

En resumen, los avances positivos de la ciencia parecen haber tenido poco que ver con los cambios en la interpreta-

²⁴ Esther Fischer-Homberger, “Herr und Weib”, *Krankheit Frau und andere Arbeiten zur Medizinsgeschichte der Frau*, Berna, Huber, 1979. Esta justificación de la disminución del estatus social de la procreación forma parte de un argumento complejo sobre la disminución de la importancia de la potencia sexual en los hombres y la significación cada vez mayor de su potencia “mental”, que la autora considera un indicador del cambio como signo del estatus desde la familia a las funciones públicas. De forma creciente, los médicos consideraron el sistema nervioso y el cerebro como la estructura organizativa del cuerpo humano; la reproducción, vista ahora como un proceso femenino, decayó como signo de estatus.

²⁵ George W. Corner, “The Events of the Primate Ovarian Cycle”, *British Medical Journal*, 4781 (23 de agosto de 1952), 403.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

